

DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo C)

Hoy en día la justicia no está de moda. Muchos presuponen, por los escándalos y quizá por experiencias propias, que muchas veces la llamada «justicia humana» está corrompida. Pero, una de las verdades que causa mayor consuelo y tranquilidad, sobre todo en momentos de prueba, es saber que Dios es justo, es decir, que conoce la verdad de todas las cosas, la voluntad verdadera de las personas, las intenciones más profundas, y que no se deja influir por nada ni por nadie. Además, su justicia se identifica con la misericordia. Dios es justo porque es bueno. Dios es justo porque nadie le puede engañar, porque Dios sabe y conoce la verdad. Ama la justicia porque es misericordioso.

El evangelio muestra cómo la justicia de Dios se manifiesta en que justifica al hombre. ¿Qué quiere decir la palabra “justificar”? Significa “hacer justo, hacer bueno, purificar”, es decir: no somos buenos por nosotros mismos, sino que es Dios quien nos hace buenos.

De ahí el problema del fariseo. He hecho cosas buenas: ha cumplido con precisión todos los preceptos. Pero no queda justificado porque no reconoce que la bondad viene de Dios y se fía de sus propias fuerzas. Alardea de algo que no es mérito suyo. Y, encima, desprecia a los demás.

En cambio, el publicano, que tiene faltas, es sincero y humilde para confesar sus pecados. Su injusticia la mide por referencia a Dios. El fariseo comete el error de compararse a los otros hombres. Olvida que el término de comparación de cada uno de nosotros es Dios, no nuestro hermano. Como dice san Alfonso María de Liguori: «Sólo somos lo que somos delante de Dios».

Es posible que, en algunas cosas, seamos mejores que otros, pero en nada somos superiores a Dios. Siempre estamos a una distancia infinita. El publicano se humilla y Dios lo ensalza.

Te invito a rezar conmigo algo como esto.

Señor, hoy te quiero dar gracias porque todo el bien que he hecho, todo el bien que hago, todo el bien que pueda hacer, es gracias a Ti, que me has dado la vida, que me has dado las fuerzas la fuerza, que me has dado la voluntad, que me has dado los medios para poder hacer el bien.

También te quiero dar gracias por el bien que otras personas me han hecho. Has sido tú que has llegado hasta mí a través de los demás. Han sido tus fieles instrumentos para hacerme llegar algún bien, porque Tú, Señor, eres la única fuente verdadera de toda bondad y de todo bien.

La Misa es la mayor acción de gracias a Dios. En la Misa, damos juntos gracias a Dios porque Cristo da su vida y me salva sin yo merecerlo.

El fariseo es soberbio, y se siente poderoso. El publicano es humilde, y Dios le justifica. Esto suena a lo que dice la Virgen en el Magnificat: «Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes».